

## SOBRE LA CERAMICA DE ENGOBE ROJO EN ESPAÑA

*Iván Negueruela Martínez*

La cerámica de engobe rojo constituye uno de los más recientes y provechosos logros de la investigación sobre el mundo fenicio. Prácticamente desconocida hasta 1950, sus piezas habían sido prudentemente arrinconadas por los especialistas<sup>1</sup>. En los últimos treinta años, sin embargo, el paso dado por la investigación ha sido de tal envergadura que hoy se nos muestra como uno de los mejores argumentos con que cuenta la Arqueología para determinar si un yacimiento es fenicio o púnico. Los mejores estudios de que disponemos se deben a Cuadrado<sup>2</sup>, Arribas y Arteaga<sup>3</sup> y Schubart<sup>4 5</sup>. Queremos, antes de nada, dejar constancia de una distinción fundamental para entender esta cerámica. En un principio Tarradell, Cuadrado y Cintas<sup>6</sup> englobaron bajo el epígrafe de «bar-niz rojo» dos especies diferentes; pues bien, de un lado aparecen yacimientos de fechas altas (ss. VIII-principios del VI) en claro con-

---

1 A su desconocimiento específico se sumaba la confusión existente respecto a los productos alfareros de nuestra protohistoria, confusión que a principios de siglo hizo posible que se considerase a la cerámica ibérica de origen minoico. Bosch Gimpera, P., «Todavía el problema de la cerámica ibérica», *Cuad. del Inst. de Historia, Serie Antropológica*, 2. Univ. Nac. Autónoma de México, 1959, p. 7.

2 Cuadrado, 1968, con notas para seguir su bibliografía anterior.

3 Arribas y Arteaga, «El yacimiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)», *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada. Serie monográfica*, núm. 2, 1975.

4-5. En colaboración en Toscanos, 1964 y Trayamar, 1976. Además: «Westphönizische Teller», en *Rivista di Studi Fenici*, 1976.

6 La historia del descubrimiento de esta cerámica se ha contado ya repetidas veces. (Propiamente, su descubrimiento en Occidente): Cuadrado, 1968, p. 257.

tacto con el Levante y que dan piezas con una cubrición roja. De otro, surgen, diferenciándose de lo anterior, yacimientos que arrancan de la segunda mitad del s. VI, adentrándose decididamente en la Iberización; dan, asimismo, piezas con cubrición roja. Pero por más que el segundo sea deudor del primero lo es también de las cerámicas griegas en sus formas y en la constitución de su capa de cubrición. No vemos la posibilidad de ligar las cerámicas de Castellones de Ceal<sup>7</sup>, La Guardia<sup>8</sup>, o El Cigarralejo<sup>9</sup>, por ejemplo, pertenecientes a la segunda mitad del primer milenio, con las de las primeras factorías fenicias. No coinciden entre ellas ni las formas (a excepción de las más comunes, como los platos, y éstos siempre derivados de los últimos ejemplares de la primera mitad del milenio, tipo Guadalhorce II), ni la distribución de los yacimientos, ni la capa de cubrición, ni los contextos materiales, ni, en fin, la cronología.

Otro problema previo, e igualmente interesante, es la terminología. Se discuten, de un lado, los términos «barniz» y «engobe»; del otro, «paleopúnico», «oriental», «fenicia-occidental», «tartésio-oriental»... Para resolver lo primero sólo existe un método científico: realizar análisis de laboratorio con fragmentos procedentes del mayor número posible de yacimientos de todo el mundo fenicio. Pero un estudio así (y aún limitado a los yacimientos peninsulares) escapa totalmente a nuestras posibilidades. En nuestra opinión las páginas más serias que se han escrito sobre el engobe o barniz corresponden a Tarradell<sup>10</sup>, Jodin<sup>11</sup>, Cuadrado<sup>12</sup> y Schubart y Niemeyer<sup>13</sup>. Todos ellos coinciden en que hay tres calidades que configuran tres grupos que van de la mejor calidad de la «barbotina», por emplear el término de Jodin, gruesa, brillante y consistente, a la peor, deleznable y mate. Y parece también, aunque ello no se

<sup>7</sup> *Ibidem*, nota 13.

<sup>8</sup> Blanco, A., «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén», en *Bol. Inst. Est. Gienenses*, XXII.

<sup>9</sup> Cuadrado, VI Congr. Arq. del Sudeste, 1950. Idem, *Zephyrus*, IV, 1953. Idem, Congr. de Tetuán, 1953.

<sup>10</sup> Tarradell, M., «Notas acerca de la primera época de los fenicios en Marruecos», en *Tamuda*, VI, 1958, p. 199. Idem, «Nuevos datos sobre la cerámica preromana de barniz rojo», en *Heperis-Tamuda*, I. Rabat, 1960, p. 237.

<sup>11</sup> Jodin, A., *Mogador. Comptoir phénicien du Maroc Atlantique*. Tánger, 1966, p. 116.

<sup>12</sup> Cuadrado, «Cerámica astitana de barniz rojo, VI Cong. Nac. Arq., 1961. Idem, 1968, página 264.

<sup>13</sup> Toscanos, 1964, p. 106.

ha demostrado en laboratorio, que se trata de tres tratamientos diferentes, o más exactamente de dos: el primero correspondería a la clase superior y el segundo a las otras dos. Al descubrirse esta cerámica Tarradell habló de engobe y Cuadrado de barniz. Por su parte los miembros del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (I. A. A. M.) hablaron al principio de cerámica roja, para aceptar luego sin reservas la denominación de Cuadrado. Pero a partir de 1967 abandonáronla para sustituirla por la de engobe<sup>14</sup>. Entre otras razones les movió a ello el problema de las traducciones internacionales, pues al traducir barniz a otros idiomas siempre adquiere el término una alusión directa al vitrificado (alusión que, por otra parte, deja clara el Diccionario de nuestra Real Academia, pero que en materia de cerámicas ha venido usándose con poco rigor). Añadamos a ello que esta cerámica se conoce en inglés, desde que comenzó a encontrarse en Levante y Chipre, como Red Slip Ware<sup>15</sup>. Con ello parece claro que en español debemos emplear el término engobe y dejar el de barniz para aquellas cubriciones que por su contenido en coloides y su vitrificado acepten tal nombre.

Cuadrado, el verdadero rescatador de esta cerámica, la denominó «tartesio-oriental». Con ello quería aludir al tiempo al carácter de definidora del horizonte cultural tartesio y a su vinculación con la colonización fenicia<sup>16</sup>. Pero hoy sabemos que esta cerámica no define a Tartessos<sup>17</sup> y que además aparece a todo lo largo de los asentamientos fenicios del Mediterráneo. Por otra parte, se fue imponiendo el término de «paleopúnica» hasta el punto de que su uso se ha hecho abusivo. Pero ya en 1972 los arqueólogos del I. A. A. M. decidían cambiarlo por el de «fenicio-occidental», que pretendía aludir a su origen y a su marco geográfico<sup>18</sup>. Efectivamente el primer término parecía aludir a los primeros momentos de Cartago, lo que equivocaba totalmente la orientación del pro-

<sup>14</sup> La bibliografía anterior al 70, en *N. Arq. H. Arqueología*, 1, 1972, pp. 9-42.

<sup>15</sup> Cintas, 1950, p. 329, recoge el acuerdo internacional para los términos Slip, Glazed, Burnished...

<sup>16</sup> Cuadrado, *El momento actual de la cerámica de barniz rojo*, VI, C.N.A., 1959.

<sup>17</sup> En el pasado se consideró a Tartessos como el resultado del impacto fenicio. Posteriormente como el producto de una cultura local en contacto con el mundo oriental. Últimamente se estima a Tartessos en sí, como una cultura local anterior al impacto fenicio, uno de cuyos periodos históricos sería el correspondiente a la colonización histórica.

<sup>18</sup> Schubart, Niemeyer y Lindemann, «Toscanos, Jardín y Alarcón», *Not. Arq. Hisp. Arqueología*, 1, 1972, nota 3.

blema. Personalmente seguimos esta segunda denominación. Quede, con todo lo expuesto, excusado el que hablemos, con los miembros del I. A. A. M., de «cerámica fenicio-Occidental de engobe rojo», si bien no es ella la denominación más precisa a que pueda llegarse, en espera de que la investigación permita apurar más nuestra precisión terminológica.

#### TABLA DE FORMAS

La única tabla de formas específica que hasta la fecha se ha dado es la de Cuadrado-1968. Cintas-1950 y Bisi-1970 dieron tablas generales que pretendían abarcar todas las especies de la cerámica púnica. El que nosotros proponemos ahora una tabla, existiendo ya la de Cuadrado, se debe en primer lugar a la invitación que en este sentido nos hizo dicho investigador; él había ido añadiendo formas a un primer cuadro<sup>19</sup>, con lo que el resultado —Cuadrado, 1968— quedó en un cierto desorden. Además las posteriores publicaciones de los yacimientos andaluces hicieron que quedase necesitada de revisión<sup>20</sup>. En segundo lugar, y para evitar en lo posible una dispersión de corrientes en la investigación, quisimos consultar con los más destacados especialistas, pero sólo nos fue posible hacerlo con Pellicer y Schubart; el segundo nos sugirió que incluyéramos las ánforas y las tapaderas, que nosotros habíamos dejado fuera, sugerencia que aceptamos inmediatamente.

Hemos querido elaborar una tabla que permita su ampliación progresiva a medida que los descubrimientos lo vayan exigiendo. En primer lugar hemos dispuesto las formas cerradas, que con toda seguridad habrá que ampliar en breve plazo, pues muchas de las formas que aparecen en yacimientos occidentales todavía no han aparecido en la Península en nuestra especie de engobe rojo, pero a buen seguro lo harán. De hecho cientos de fragmentos

<sup>19</sup> Cuadrado, E., «Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta», en *Zephyrus*, IV, 1953.

<sup>20</sup> Queremos expresar aquí nuestra admiración por la actitud profundamente científica de don Emeterio Cuadrado, quien nos animó a revisar sus propios errores. En este sentido nos invitó, con su proverbial amabilidad, a corregir la número 23 de su última tabla de formas, Cuadrado, 1968, que se trata en realidad del jarro del Carambolo (Carriazo, J. de M., *Tartessos y El Carambolo*, figs. 459 y 460) y del que Cuadrado sólo contaba con un croquis por no haber sido publicado. Quede constancia de ello para cuantos investigadores intenten localizarla en la bibliografía o en los museos. Esta actitud, que en él es norma, resalta más por lo insólita en nuestro panorama intelectual.

procedentes de la costa mediterránea andaluza recogen bocas y cuellos de este grupo; pero hemos querido introducir sólo aquellas formas que son de reconstrucción absolutamente segura porque contamos con ejemplares completos en España. Dentro de cada forma hemos dejado opción a las posibles variantes que vayan surgiendo, lo cual, creemos, ayudará a que en el plazo de pocos años dispongamos de una sistematización clara y razonable.

*Forma I.*—Anforas de transporte y almacenamiento.

Sólo existen en España dos ejemplares que estén recubiertos de engobe rojo, procedentes ambos de Trayamar<sup>21</sup> y empleados como urnas funerarias, lo que motivó que se les aplicase ese tratamiento.

*Forma II.*—Jarro de boca de seta. Cintas-1950, Lam. VI, 65. Bisi-1970, 1. Cuadrado-1968, 13, 14 y 23.

Erróneamente se le viene denominando oinochoe. Con toda seguridad debió utilizarse para contener algún tipo de perfume<sup>22</sup>. Presenta dos variantes fundamentales: la primera ofrece cuerpo acusadamente globular y cuello cilíndrico; es la forma II, a. En la segunda el cuerpo se separa del acusado carácter globular de la anterior y el cuello de su aspecto cilíndrico. La transición cuello-cuerpo es menos acusada: Formas II, b, c y d.

De la forma II, a, sólo disponemos de dos ejemplares, uno del Carambolo y otro del M.<sup>o</sup> Arqueológico Municipal de Málaga<sup>23</sup>, ambos sin datos cronológicos suficientes. De las otras tres variantes contamos con doce jarros enteros<sup>24</sup> y fragmentos en abundancia para establecer los tipos. La forma del cuerpo puede variar según que sea oval, piriforme, etc., pero de ello no pueden extraerse todavía conclusiones cronológicas, pese a lo que Almagro Gorbea insinuó. Sí, en cambio, se ha revelado muy importante el otro aspecto que el mismo autor desarrolló<sup>25</sup>: las variaciones del

21 Trayamar, 1976, lám. 12, nn. 547, 557.

22 La importancia de esta forma nos ha movido a hacer de ella un estudio monográfico que ya hemos entregado a la imprenta. En dicho estudio hemos incluido también la forma III (jarros de boca trilobulada).

23 Carriazo, J. de M., *Tartessos y El Carambolo*. Dir. Gral. de Bellas Artes, 1973, figs. 459, 460. Niemeyer, Pellicer u. Schubart, *Altpunische Funde von der Mündung des rio Algarrobo*. Madr. Mitteilungen, 5, 1964, abb. 7.

24 4 de Laurita; 5 de Trayamar; 1 del Carambolo; 1 de la casa de la Viña (M.A.N., 12538); 1 en el Mus. Arq. Prov. de Málaga (citado en la nota anterior).

25 Almagro Gorbea, M., «Los dos jarros paleopúnicos del M. A. N. hallados en la casa de la Viña (T. M.), en *Madr. Mitteil.*, 13, 1972, pp. 172-183.

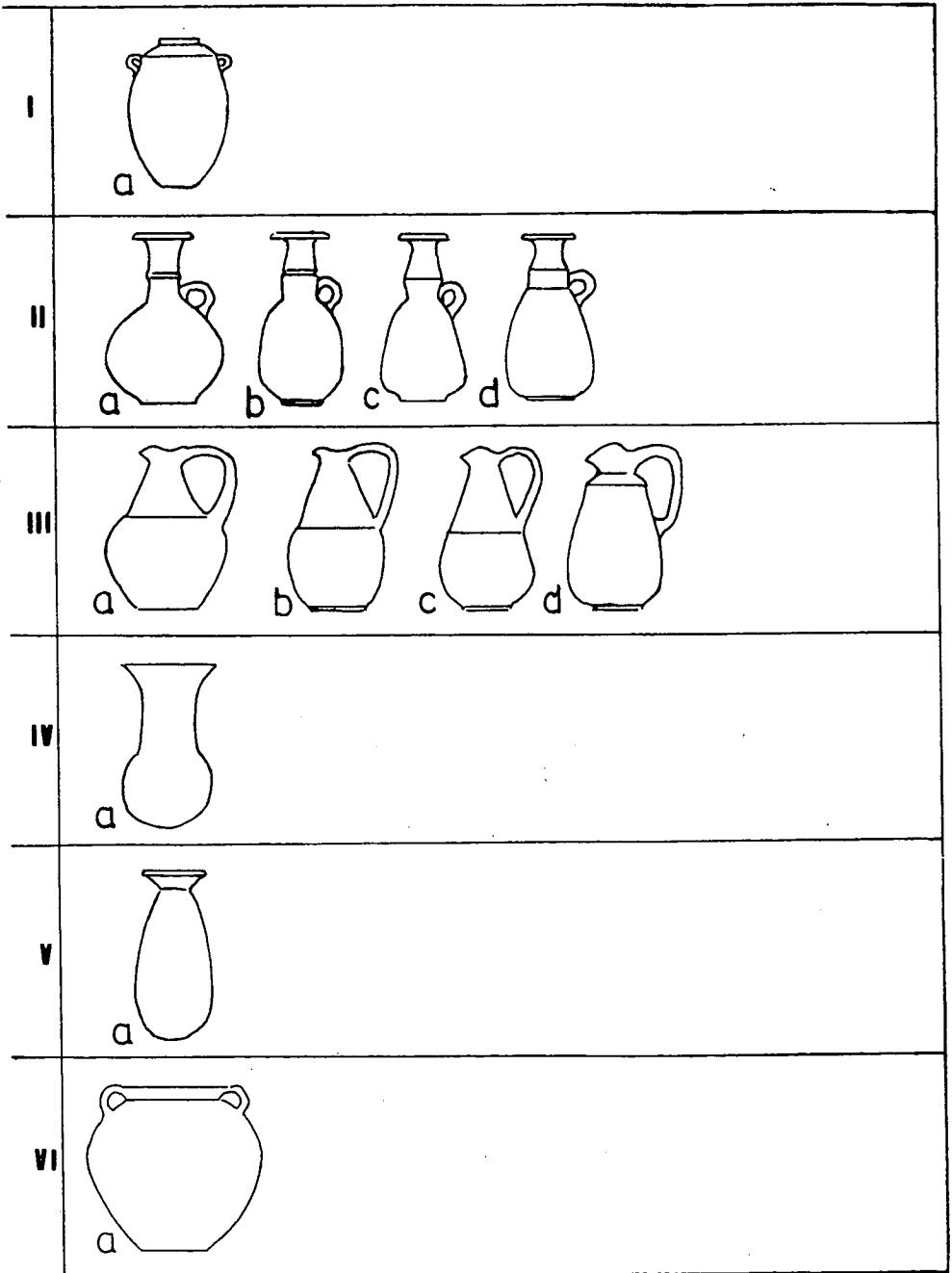


Fig. 1.—Formas cerradas

cuello están en relación directa con la cronología, tal como se sugirió en un principio en Toscanos, 1964, pp. 114-116.

La forma II, b, se define por un cuello que presenta estría horizontal hacia la mitad de su altura o algo más abajo. Laurita, tumba 20.

La forma II, c, presenta el ensanche máximo del cuello en arista, cuya altura varía según la cronología. Laurita, tumba 12.

La forma II, d, presenta la parte inferior del cuello, a partir del punto de ensanche máximo, en «zócalo», de paredes verticales. Trayamar, tumba 1, 550.

*Forma III.*—Jarro de boca trilobulada. Cintas, Lam. XII. nn. 150, 151, 160, 161; Lam. V, nn. 193, 194. Bisi, 1970, 4. Cuadrado, 1968, 12.

Debió utilizarse para contener agua o vino<sup>26</sup>. Presenta cuatro variantes:

Forma III, a.—Las paredes del cuello son levemente cóncavas, en fuerte contraste con los hombros, que sobresalen acusadamente. Trayamar, 1976, jarro 604.

Forma III, b.—Las paredes del cuello son levemente convexas y los hombros no rebasan tan acusadamente la línea del perfil como en el caso anterior. Laurita, 13.

Forma III, c.—La línea del perfil se presenta continuada, sin quiebros bruscos, lo que hace que el ensanche máximo del cuerpo quede más bajo que en los dos casos anteriores. Laurita, tumba 12.

Forma III, d.—Presenta boca y cuerpo muy grandes y unos hombros muy pequeños en relación a este último, que se unen a la primera por una arista cóncava y al segundo por otra convexa. Laurita, tumba 19-B.

Todas ellas presentan asa doble.

*Forma IV.*—Vaso «chardón». Cintas, 1950, Lam. I, nn. 1-3. Bisi, 1970, 7. Cuadrado, 1968, 24.

Cuerpo globular u ovoide y boca de tulipa. En engobe rojo sólo tenemos el ejemplar de La Joya<sup>27</sup>. Setefilla dio varios ejemplares decorados<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> V. nota 22.

<sup>27</sup> Orta, E. M. y Garrido, J. P., «La tumba orientalizante de La Joya, Huelva», en *Tr. de Preh.*, XI, 1963, fig. 13.

<sup>28</sup> Aubet, M. E., «La cerámica púnica de Setefilla», *B. S. A. A.*, 1976, figs. 3, 9, 10 y 15.

*Forma V.*—Vasos de cuerpo alargado de aspecto cilíndrico, cuello estrecho, boca saliente y fondo convexo; sin asa.

No contamos con ningún ejemplar entero, pero los fragmentos permiten reconstruir con seguridad la forma, muy próxima al alabastrón, excepto en la boca. Carambolo<sup>29</sup>. En Toscanos, sin engobe; Toscanos, 1964, n. 683.

*Forma VI.*—Urna de cuerpo ovoide y cuello corto. Cintas, 1950, Lam. XXVIII, 326.

Presenta un cuello corto, y ligeramente esvasado al exterior, del cual surgen dos asas pequeñas que mueren en los hombros. Esta forma, que es relativamente reciente en yacimientos extrapeninsulares, aparece aquí sólo en Carmona-Los Alcores<sup>30</sup>.

*Forma VII.*—Platos. Cuadrado, 1968, nn. 1, 10 y 10 b.

La excavación del Guadalhorce<sup>31</sup> permitió dividirlos en dos grandes grupos; estamos de acuerdo con dicha división, que nos parece por el momento incontestable, aunque para los efectos de nuestra tabla hemos dibujado cinco variantes. Así el tipo Guadalhorce I comprende nuestras formas IV, a, b y c. Y el tipo Guadalhorce II las formas IV, d y e.

*Forma IV, a.*—Borde estrecho, paredes convexas al exterior y pie.

*Forma IV, b.*—Nace del ensanchamiento del borde de la forma anterior. Puede presentar el extremo exterior de dicho borde acanalado. Plato 568 del dromos de Trayamar 1.

*Forma IV, c.*—El borde no está separado de la pared del cuerpo, con lo que ésta dibuja una S muy abierta hasta su extinción. El detalle es importante porque impide que puedan ser incluidos con provecho en las conclusiones cronológicas de Schubart al respecto de la anchura de los bordes<sup>32</sup>. Toscanos, 1964, n. 138.

Las formas IV, d y e, que corresponden al tipo Guadalhorce II, se distinguen por que la segunda tiene el fondo elevado, lo que le convierte en un plato sin apenas capacidad. Guadalhorce<sup>33</sup>. Frigiliana<sup>34</sup>.

<sup>29</sup> *Op. cit.* en nota 23, fig. 473.

<sup>30</sup> Bonsor, G., «Les colonies agricoles preromaines de la vallée du Betis», en *Revue Archéologique*, XXXV, 1899, fig. 112.

<sup>31</sup> *Op. cit.* en nota 3.

<sup>32</sup> V. nota 5.

<sup>33</sup> *Op. cit.* en nota 3, lám. XXIX.

<sup>34</sup> Arribas y Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)», en *Pyrenae*, 5, 1969, fig. 18, n. 5.



*Forma VIII.*—Cuencos carenados. Cuadrado, 1968, formas 3 y 9. Cintas da mezclados algunos en su lámina LX.

Se compone de una pared muy abierta, al estilo de los platos, que tuerce, mediante carena, hacia arriba. Este último tramo, el cuello más el borde, configura las cuatro variantes que recogemos.

*Forma VIII, a.*—Cuello recto, inclinado al exterior, con labio esvasado<sup>35</sup>. El labio esvasado puede faltar<sup>36</sup>.

*Forma VIII, b.*—Borde vertical. S. Pablo<sup>37</sup>.

*Forma VIII, c.*—Cuello curvado hacia el exterior. Carambolo<sup>38</sup>.

*Forma VIII, d.*—Cuello recto inclinado al interior<sup>39</sup>.

Procedente de La Esperanza-Pala Criba, existe una pieza no completa que presenta doble carena. Por ser pieza hasta la fecha única y no conocer la forma completa, no nos hemos atrevido a incluirla en nuestra tabla<sup>40</sup>.

*Forma IX.*—Cuencos hondos, con o sin carena. Cuadrado, 1968, nn. 2, 4 y 5.

Este grupo lo hemos formado con aquellos vasos que, separándose de los platos no tanto por su configuración general cuanto por su altura, y de los cuencos por lo abierto de su perfil, componen un grupo bastante heterogéneo por la forma de la pared, pero harto homogéneo en cuanto a su configuración como vaso. Las variantes a que da lugar hace aconsejable, como en la forma anterior, un estudio detenido de ella que en breve entregaremos a la imprenta. Las cuatro variantes que aquí recogemos son:

*Forma IX, a.*—Pequeño borde en S como los bien conocidos del Bronce Final. La Esperanza-Pala Criba<sup>41</sup>.

*Forma IX, b.*—Borde de mayor entidad, curvado al exterior como en la Forma VIII, c. Carambolo<sup>42</sup>. Una variante tardía es el caso de S. Pedro<sup>43</sup>.

*Forma IX, c.*—Respondiendo a la división de los platos de Gua-

35 Trayamar, 1976, nn. 1047-1049.

36 Trayamar, 1976, nn. 167, 273.

37 Blázquez, Luzón, Gómez y Clauss, «Las cerámicas del Cabezo de S. Pedro», en *Huelva Arqueológica*, I, 1970, lám. XIII, a.

38 *Op. cit.* en nota 23, fig. 502.

39 Trayamar, 1976, n. 274.

40 Belén, Fernández-Miranda y Garrido, «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los cabezos de S. Pedro y La Esperanza», en *Huelva Arqueológica*, III, 1977, fig. 112,1.

41 *Op. cit.* en nota anterior, figs. 113, 12, 14.

42 *Op. cit.* en nota 23, fig. 513.

43 *Op. cit.* en nota 37, fig. XIII, e.

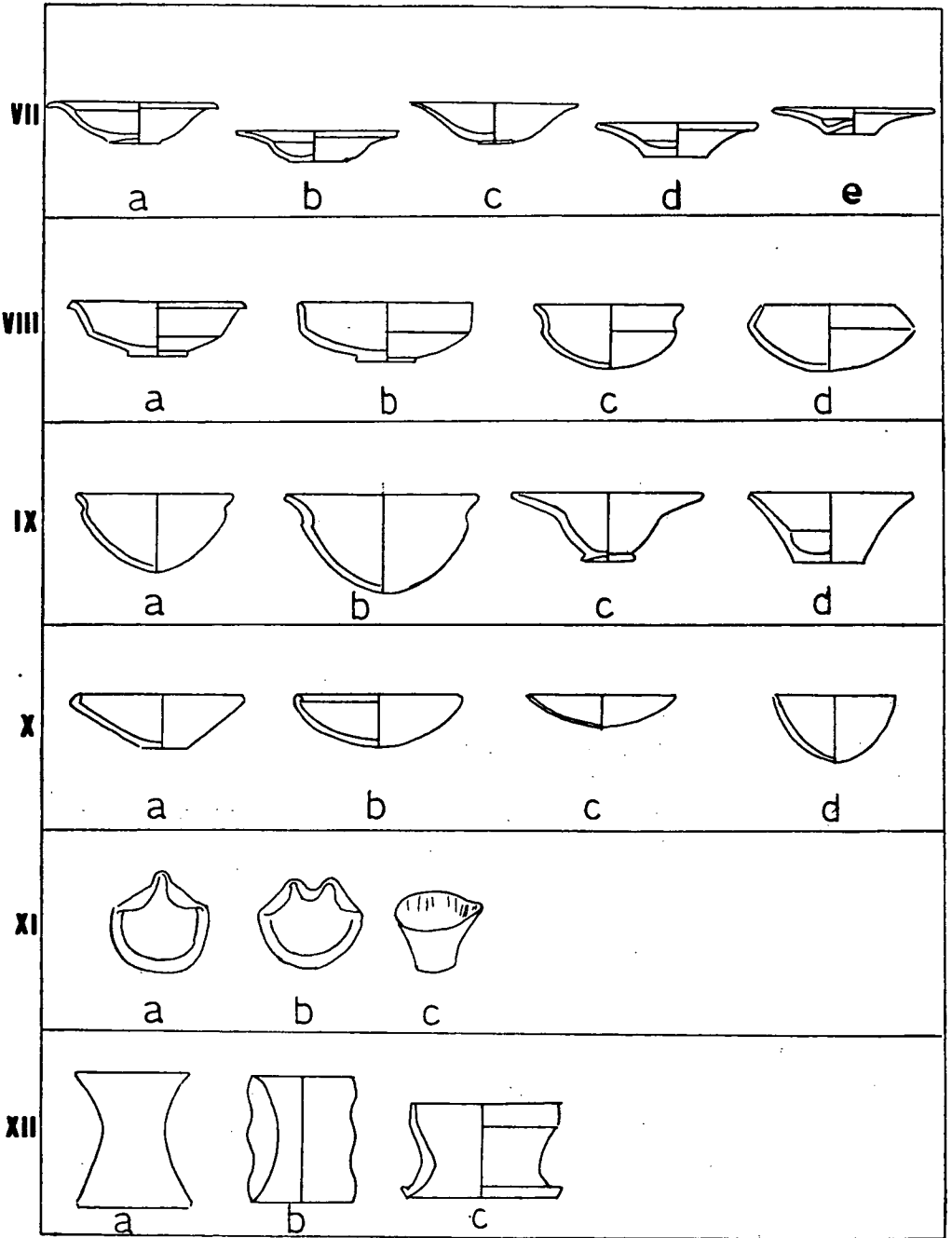


Fig. 2.—Formas abiertas

dalhorce en tipo I de paredes convexas al exterior y tipo II de paredes cóncavas se configuran nuestros dos tipos restantes. La que ahora vemos presenta paredes convexas al exterior. Puede llevar pie. Guadalhorce <sup>44</sup> y La Joya <sup>45</sup>.

Forma IX, d.—Paredes cóncavas al exterior. Guadalhorce <sup>43</sup>.

Forma X.—Cuencos sin carena, de paredes rectas o curvas. Cuadrado, 1968, 6 y 11.

En nuestra opinión contamos con, al menos, cuatro variantes por el momento:

Forma X, a.—Borde engrosado y vuelto al interior. Paredes rectas. Toscanos, 1964, Lam. XIII.

Forma X, b.—Borde engrosado al interior en forma de media caña. Pared en curva muy abierta. La Esperanza-Area Tres y Carambolo <sup>47</sup>.

Forma X, c.—Cuenco de casquete esférico, sin reborde. Morro <sup>48</sup>.

Forma X, d.—Cuenco hemisférico hondo. Carambolo <sup>49</sup>.

Forma XI.—Lucerna. Cintas, 1950, Lam. XL, 1, 2, 4, 5. Bisi, 1970, 16. Cuadrado, 1968, 15, 16.

Existen en España tres variantes:

Forma XI, a.—Monocorde.

Forma XI, b.—Bicorne.

Forma XI, c.—Con pie <sup>50</sup>.

Forma XII.—Soporte. Cuadrado, 1968, 26.

Forma XII, a.—Configuración bicónica o de carrete <sup>51</sup>.

Forma XII, b.—La pared exterior cobra aspecto vertical y moldurado; la interior es como en el caso anterior. Entremalo <sup>52</sup>.

Forma XII, C.—El cuerpo se compone de dos partes distintas: la superior recuerda a la forma VIII, mientras la inferior se abre para buscar una base más amplia. Tramayar, 1976, 548, 560 y 607.

Forma XIII.—Pebeteros. Cintas, 1950, Lam. I y LI, nn. 86-89 y 103-107. Bisi, 1970, 14. Cuadrado, 1968, 17 y 17 b.

<sup>44</sup> *Op. cit.* en nota 3, lám. L, 279.

<sup>45</sup> *Op. cit.* en nota 27, fig. 8.

<sup>46</sup> *Op. cit.* en nota 3, lám. XXX, 177.

<sup>47</sup> *Op. cit.* en nota 40, fig. 138.3. *Op. cit.* en nota 23, 518.

<sup>48</sup> Trayamar, 1976, 275.

<sup>49</sup> Carambolo, fig. 518.

<sup>50</sup> Monteagudo, L., «Album gráfico de Carmona por G. Bonsor», en *A. E. A.*, 1953, XXVI, pp. 356-370, fig. 22-23, arriba, en el centro.

<sup>51</sup> *Op. cit.* en nota 27, fig. 14.

<sup>52</sup> *Op. cit.* en nota 30, fig. 93.

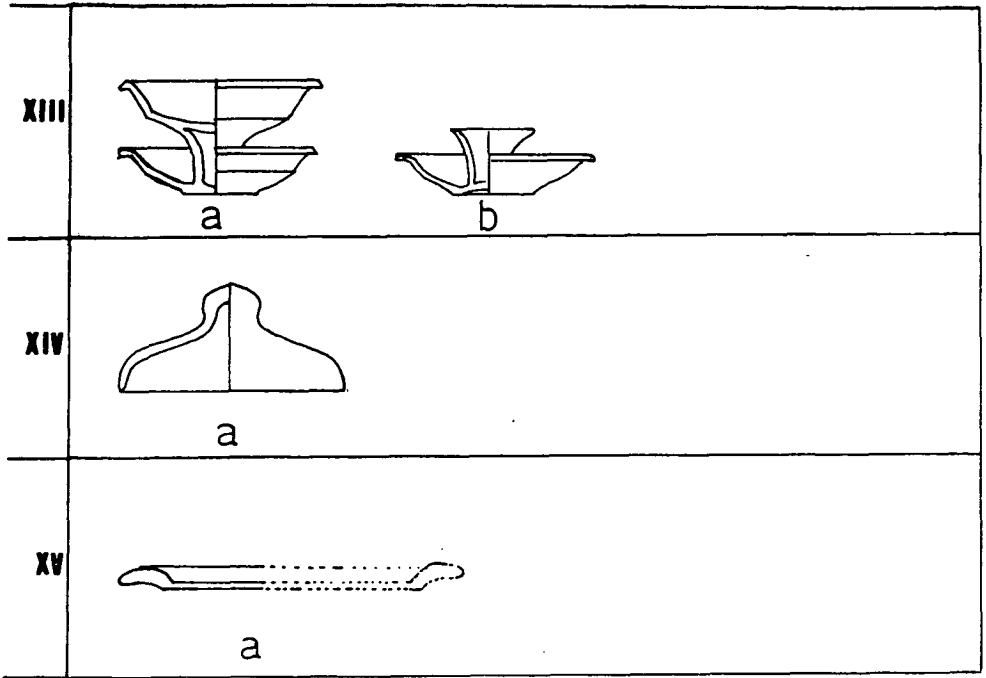


Fig. 3.—Formas abiertas

Está compuesta de dos recipientes, el de abajo para recoger y el de arriba para contener el perfume en ignición.

Forma XIII, a.—Ambos recipientes presentan una configuración homogénea. Trayamar, 1976, 554.

Forma XIII, b.—La parte inferior se configura como un plato y la superior como un vaso abocinado o en tulipa. Trayamar, 1976, 553.

Forma XIV.—Tapadera.

Emparentada con la forma I, sólo disponemos de dos ejemplares que aparecieron acompañando a aquellas ánforas de Trayamar.

Forma XV.—Bandeja plana, circular, con borde.

Sólo tenemos dos ejemplares: uno del Acebuchal y otro de Entremalo<sup>53</sup>.

Paralelos en bronce en Chipre<sup>54</sup>.

<sup>53</sup> *Ibidem*, figs. 91 y 92.

<sup>54</sup> Gjerstaad, *C. C. E.*, IV, 2.

## DISTRIBUCIÓN

1. Los yacimientos más antiguos de la costa andaluza mediterránea (Morro-Chorreras, Toscanos, Laurita, Guadalhorce I y Trayamar) presentan un repertorio de formas bastante homogéneo; bien atestiguadas todas ellas en Oriente. No parece darse mezcla con la cerámica indígena. No aparece el vaso «chardon» (aunque en el caso de que aparezca en el futuro no habremos de extrañarnos de ello, pues aparece en otros muchos yacimientos de fechas altas: Cartago, Utica, Moxia...), el soporte de tipo a, la forma XV, los bordes en S propios del Bronce Final de Andalucía Occidental...

Esta vajilla se quiebra poco después del año 600, en algunos casos para siempre, en otros para reaparecer evolucionada.

2. En la zona de Huelva encontramos alfares locales que imitan de los orientales la mayoría de las formas y la cubrición de los vasos con el engobe rojo. Pero no se imitan todas las formas; faltan los jarros de boca de seta (forma II) y de boca trilobulada (forma III), los soportes del tipo c. Se imitan los platos tipo a y b, los cuencos carenados (forma VIII), los de sin carena de paredes curvas (formas X, b, c y d), la forma IX, las lucernas... Además encontramos formas que se daban en especies anteriores, como la bruñida, la pintada geométrica, y que ahora se decoran según la moda impuesta por los nuevos comerciantes: Vasos «chardon» (forma IV), soportes tipo a, labios en S.

Ello perfila un cuadro que, aunque pueda ser debido a la casualidad, inquieta profundamente: las formas que ya estaban en el repertorio indígena a la llegada de los fenicios y que se adaptan a la nueva decoración de engobe rojo son, en los tres casos citados formas IV, XII a, y labios en S), formas que tienen sus antecedentes en Oriente, a veces de muchos siglos —desde mediados del segundo milenio— y que habían llegado aquí antes que la oleada de la colonización histórica fenicia. Sin embargo, las otras formas del Bronce Final, cuyos rastros estamos siguiendo últimamente tanto en las culturas celtas como en el Calcolítico, no se introducen en el repertorio del engobe rojo: vasos ovoides de cuello corto cóncavo, cuencos y copas bicónicas o de pared carenada, vasos de cuello acampanado...

Se ha repetido mucho que las observaciones comprobadas en Toscanos sobre la cronología en relación con el ensanche progresivo de los bordes de los platos no son válidas para Huelva. Quisiéramos apuntar dos palabras sobre ello: en primer lugar no disponemos de ninguna estratigrafía válida publicada. Los materiales con que se trabaja en Huelva proceden, tanto en S. Pedro como en La Esperanza, de revueltos, desmontes...<sup>55</sup>. Esta conclusión partió de la tumba 1 de La Joya, pero ya se ha apuntado<sup>56</sup> que dicho ajuar corresponde, con toda probabilidad, a más de un enterramiento. Es sabido que por el momento no se puede fechar el impacto fenicio en Huelva antes del 700-675. Ello supone que los materiales con que contamos son en su inmensa mayoría del s. VII avanzado y del VI. Para estas fechas ya se dan en Málaga bordes anchos que, en efecto, llegan a Huelva, así como los platos Guadalhorce II. Si aceptamos, con la teoría que comentamos, que Huelva se mantuvo al margen de la evolución de la costa malagueña el razonamiento ha de ser el siguiente: la moda de ensanchamiento de los bordes va llegando a Huelva, pero no la supresión de bordes estrechos. Ahora bien, del mismo modo que van llegando los bordes anchos, será forzoso admitir que antes habían llegado los estrechos, que se mantienen. Y dado lo estremadamente estrecho de algunos bordes onubenses habría que pensar que los primeros que llegaron a Huelva, y que los onubenses imitaron y conservaron a lo largo del s. VII lo hicieron en fechas anteriores al 700, salvo que queramos aceptar una tendencia autónoma de Huelva en el sentido de ir estrechando los bordes. De otro lado y aun aceptando este cuadro: llegada de bordes estrechos; progresiva llegada de bordes anchos con pervivencia de los estrechos, que ya hemos visto cómo nos ha de llevar si queremos ser coherentes a aceptar fechas más altas en el impacto fenicio, los platos onubenses seguirían sirviendo para fechar, aunque nunca con la precisión a que estamos llegando en Málaga-Granada; bastaría con atenerse cada vez a los bordes más anchos.

### 3. Caso aparte es El Carambolo. Aquí tenemos formas gene-

<sup>55</sup> En 1977 y 1978 Ruiz Mata realizó sendas campañas en el Cabezo de S. Pedro que, según nos comunicó verbalmente, dieron al menos una estratigrafía bien conservada y fiable, pero desconocemos el material. Esperamos que su pronta publicación nos permita hablar de Huelva con más sólida base.

<sup>56</sup> *Op. cit* en nota 3, pág. 61, abajo.

ralmente orientales que sorprenden por la pureza de sus paralelos y por su calidad. Nada aquí sugiere un centro indígena que adopte los influjos extranjeros, y desde luego no a un centro de segunda clase. Más bien debe tratarse, y sus materiales así lo predicán, de un centro de mucha importancia, con vajillas de primera categoría y de raigambre directamente oriental, sean de importación o debidos a un alfar fenicio en la Península. Blanco defiende con argumentos que, si no definitivos, son, al menos, muy sugerentes, que el Fondo de Cabaña fuese un templo o alguna suerte de santuario, lo que contribuiría a aclarar la enorme peculiaridad de los materiales<sup>57</sup>. Quede, pues, como un islote cuya excepcional importancia no permite que siga por más tiempo en la incuria actual.

4. Del resto de los yacimientos apenas contamos con datos para elaborar un cuadro coherente. Los Alcores presentan, al igual que El Carambolo, unos materiales de rara importancia, y no sólo cerámicos. En engobe rojo se decoran piezas que son únicas en España, pero que tienen paralelos fuera de ella: una urna (forma VI) que lo tiene en Rachgoun y dos piezas (forma XV) que lo tienen en Chipre. La única lucerna con pie de la Península procede de Entremalo y es forma con muy claros paralelos en Levante, etc... A buen seguro hemos de relacionarlo con El Carambolo durante el pleno s. VII, círculo al que se añadiría más tarde Setefilla, que da también formas orientales (curiosamente este yacimiento tiene las formas que faltan en Huelva y carece de las que allí se dan). Esta zona en torno a Sevilla que constituyen El Carambolo y Los Alcores debió depender estrechamente de Cádiz, como ya defendió, en su momento, Aubet<sup>58</sup>.

De Los Quemados, Saladares, Carmona, etc..., apenas contamos con fragmentos para saber qué falte y qué hay.

## ORÍGENES

Las formas que tratamos estaban, salvo en las variantes tardías, desarrolladas en la segunda mitad del s. IX tanto en Levante como en Chipre. Ello dificulta enormemente la tarea de matizar la pro-

<sup>57</sup> Blanco Freijeiro, A., «La ciudad antigua, *Historia de Sevilla*, Univ. de Sevilla, 1979, pp. 95 y 96.

<sup>58</sup> *Op. cit.* en nota 28, p. 38.

cedencia de los colonizadores. En nuestra opinión los materiales del Morro y Chorreras son de procedencia continental<sup>59</sup>. Sin embargo, en Toscanos hay piezas pintadas que parecen reclamar un origen chipriota. Laurita, por su parte, parece igualmente levantina a juzgar por su similitud con Khalde<sup>60</sup>. Trayamar podría responder a cualquiera de los dos orígenes (Bisi, 1970, p. 106, nota 20), aunque los excavadores prefieren optar por un origen continental (Trayamar, 1976, p. 240). A todo ello hemos de añadir el seguro asentamiento en España de alfareros orientales, como ha quedado demostrado en Toscanos con el análisis de los barros que son locales, y que, si bien seguían las modas o tradiciones metropolitanas, evolucionaban a su vez; de ahí las diferencias tan acusadas entre los diversos yacimientos fenicios en el Mediterráneo.

En los ritos de enterramiento hay diferencias entre las distintas necrópolis de la zona; las hay también en los tipos de tumbas; las hay en las cerámicas. Nada, pues, impide pensar en varios lugares de procedencia de las gentes que colonizaron Andalucía, encabezados, eso sí, por los fenicios. Que viniesen gentes de diversas localidades de la franja costera del Levante, y que lo hiciesen también de las localidades chipriotas engarzadas en la «koiné» fenicia, lo indica ya Justino, XVIII, 4-6, que chipriotas participaron junto a los tirios en la fundación de Cartago. Cuesta trabajo creer que Tiro y Sidón solas fuesen capaces de sembrar el Mediterráneo con tanta densidad de asentamientos a lo largo del s. VII. Parece evidente que junto a ellos debieron venir, aun cuando el carácter de la epopeya fuese esencialmente fenicio, y mejor tirio, gentes diversas de todas esas zonas de Levante y Chipre que, en mayor o menor medida, estaban controladas por ellos.

Como opinión personal, que necesita de estudios más densos, cotejos más precisos y nuevas excavaciones, pensamos que el más chipriota de los yacimientos es El Carambolo.

Bástenos, pues, resumir que tanto en la costa levantina como en Chipre hallaremos la fuente de los materiales españoles y que,

<sup>59</sup> Exponer aquí la argumentación suficiente de esta afirmación que hacemos nos es imposible por razones de espacio. Esperamos poder defenderlo mejor en sucesivos trabajos, algunos ya entregados a la imprenta.

<sup>60</sup> Saidah, R., «Fouilles de Khalde. Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes (1961-1962)», en *Bull. Mus. Beirouth*, XIX, 1966, pp. 51-90. Conviene también consultar Cullican, W., «Almuñecar, Assur and phoenician penetration of the western Mediterranean», en *Levant*, II, 1970.



a su vez, aquéllos procedieron de arquetipos sirios y egipcios del segundo milenio.

## RELACIONES

Nos parece que no se ve claro el papel que juega Cartago durante los ss. VIII y VII; hay toda una serie de vasos que definen los hallazgos cartagineses y que aquí son enormemente esquivos (en general: Gauckler, *Necropoles puniques de Carthage*, I y II, París, 1915; Harden, «The pottery from the precinct of Tanit at Salsambó, Carthage», *Iraq*, IV, 1937, pp. 58-89, más sintético en Bisi, 1970, láms. VIII y IX). Tampoco se da la decoración dipinta de los estratos más modernos de Toscanos, 1964, láms. I-IV y VIII-IX, ni las ánforas áticas SOS. Los materiales de Utica tampoco pueden presentarse como origen, ni aun relación, de las cerámicas españolas; baste para ello comparar los jarros de boca de seta y boca trilobulada de ambos sitios (Cintas, «Deux campagnes de fouilles a Utique», *Karthago*, II, 1951, pp. 1-88). Parece que Utica bebe sus materiales en fuentes sirias muy antiguas, lo que conforma esos cuerpos tan peculiares en las botellas. No sólo se diferencian de los españoles, sino también de los cartagineses, tan próximos geográficamente, y hasta el s. VI seguirán una evolución independiente de Cartago. Un caso diferente para nuestro objeto lo constituye Rachgoun: allí los paralelos con la Península son mucho más claros; hay jarros de boca trilobulada y boca de seta que encajarían sin desentono en Andalucía, y una urna como la de Cruz del Negro. Además del engobe rojo existen otros materiales que recuerdan muy de cerca los españoles autóctonos<sup>61</sup>. Igualmente aparecen ánforas áticas SOS en el nivel más antiguo, lo que puede establecer un claro paralelo con Toscanos<sup>62</sup>. Situado frente a nuestras costas andaluzas, se viene fechando a partir de mediados del s. VII, que es el gran siglo de la colonización en España. Quizá todo ello apoye la tesis de que este yacimiento pertenezca a la esfera de influjos que debieron irradiar de Andalucía. Bisi, 1970, lo relaciona, sin embargo, con Mozia y Utica. No podemos estar

61 Vuillemot, «Reconnaissances aux échelles puniques d'Oranie», *Autun*, 1965, p. 80.

62 *Ibidem*, pp. 118 y 126.

de acuerdo por las razones expuestas. Es cierto que existen paralelismos con Mozia, pero este yacimiento parece presentar una doble influencia: de un lado hay materiales de clara estirpe uticense; del otro los hay cartagineses; se discute además (cfr. Mozia, VII) el problema del probable origen oriental de algunos materiales mo-cienses. Pero además ya hablamos de claros paralelos de sus jarros de boca trilobulada con los de Andalucía. El resto de los yacimientos fenicios del Mediterráneo apenas pueden traerse a concurso. Pero, en otra perspectiva, encontramos cerámicas griegas en Laurita y Toscanos, cuya importancia apenas puede disimularse por cuanto fechan a ambos yacimientos. Es cierto que no pueden verse como prueba de comercio con los griegos: todo indica que fueron los propios fenicios quienes las comerciaron. También en los centros del Levante están bien atestiguadas las piezas griegas<sup>63</sup>. Otro problema que ahora no nos afecta directamente pero que hemos de tener presente es el de las relaciones inmediatas con los griegos, de lo cual los propios helenos nos han dejado constancia y aun la Arqueología parece querer confirmar<sup>64</sup>.

### PENETRACIONES

Los únicos datos con que contamos para delimitar este problema son el temprano asentamiento en la costa mediterránea andaluza y la aparición de productos culturales y comerciales algún tiempo después en la zona de Huelva. Sigue en el campo de la especulación arqueológica el primitivo asentamiento de Cádiz. Por último quedarían los yacimientos del interior. La visión tradicional del asunto es como sigue: los fenicios se asientan en la zona de Málaga, lejos de las pujantes culturas locales, con quienes no quieren pelear, sino comerciar. Lo hacen con Huelva y posteriormente sus productos penetran Guadalquivir arriba. Resulta así un panorama poco menos que idílico: «(los materiales de engobe rojo y los

63 Du Plat Taylor, «The Cypriot and Syrian pottery from Al-Mina (Syria)», en *Iraq*, XXI, 1959, pp. 63-92, con copas protogeométricas y cicládicas de los siglos X-VIII en los niveles X-VIII; en los niveles VII-V vasos protocorintios, corintios y rodios, la mayor parte de los cuales se fechan en el siglo VII y algunos a fines del VIII. También en Khalde halló Saidah («Decouvertes d'objets grecs d'époque protogeométrique et géométrique sur le littoral libanais», XI Congrès International d'Archeologie Classique. Rapports et communications. Damasco, 1965, pp. 65-68), dos «skyphoi» geométricos.

64 Blázquez, J. M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, pp. 231 ss.

fenicios en general) no deben considerarse más que el testimonio *esporádico* (subrayado nuestro) en una facies cultural sustancialmente diversa de los contactos con el mundo fenicio de la costa que enviaba sus productos al interior a través de la vía natural del Betis. Es significativo, de hecho, que con la sola excepción de Carmona y Huelva, donde algunos vasos fenicios fueron probablemente importados, así como fabricados localmente, las formas orientales imitadas en los centros tartésicos estén asociados a una más corriente cerámica a mano» (se refiere a la retícula bruñida) (Bisi, 1970, p. 107, con referencias). Sin embargo, a ello hay que oponer que el panorama que hoy tenemos es el de una cultura de alto desarrollo en las formas, familias y decoraciones cerámicas que en un momento determinado —principios del VII para toda Andalucía— entra en contacto con las importaciones orientales. Desde luego no hay datos para pensar en una irrupción bélica de los fenicios, pero lo cierto es que en estos yacimientos indígenas desaparece en poco tiempo todo lo mejor de aquella cultura cerámica, sustituida por el engobe rojo, la gris y la pintada a bandas. Se diría que si no dominio armado —lo que no creemos— hubo al menos una penetración cultural de tal envergadura que hizo al pueblo tartesio renunciar a unas cerámicas que denotaban un sólido desarrollo en el campo alfarero. Es cierto que en los primeros estratos de todos los yacimientos se da convivencia entre las cerámicas locales y las importadas, pero no lo es menos la rápida desaparición de éstas. En la segunda mitad del s. VII ha sido tal que en el curso de dos o a veces un estrato los yacimientos muestran un cambio prácticamente total en la cultura material. Y quizá no sea ocioso recordar la frase de Estrabón, III, 2, 13: «éstos (los indígenas) fueron dominados de tal modo por los fenicios que la mayor parte de las ciudades de la Turdetania y de las regiones vecinas hoy son habitadas por ellos». Sumemos a ello el caso del Carambolo, ya expuesto. La penetración en él fue algo más que un fenómeno esporádico o un simple intercambio comercial. Otro caso relevante es el de Los Alcores: añadámosle el problema de los paralelos samios de los peines de marfil<sup>65</sup>. Unas pocas décadas después del auge de Los Alcores, Setefilla entrega materiales enormemente ar-

<sup>65</sup> Freyer Schauenburg, B., «Kolaios und die Westphönizische Elfebeine», en *M. M.*, 7, 1966 pp. 89 ss.

caizantes o, si se prefiere, puros. En cualquier caso con escasa relación, también, con el material onubense, con el cual sólo tiene relación en la pervivencia de bordes antiguos<sup>66</sup>. Río arriba, Los Quemados no parece recoger los ecos de este foco formado por El Carambolo-Los Alcores-Setefilla, aunque lo excavado es poco en extensión y además en poblado. En el extremo oriental, Los Saladares marcan, por ahora, el límite de extensión de nuestra cerámica. (Es sorprendente que la memoria de Vinarragell, que da tanto material fenicio, no recoja esta cerámica.)

### CRONOLOGÍA

Las fechas con que hoy contamos son debidas en dos casos a la cerámica griega y en un tercero al C-14. Respecto a esta última hemos de tomarla aún con toda prudencia por ser la primera fecha de laboratorio química para este período, por dar una fecha bastante alta, y por no estar aún bien refrendada por los demás datos. Las cerámicas griegas son los «kotilai» protocorintios del nicho B de la tumba 19 de Laurita, los fragmentos de ánforas áticas SOS del estrato IV-b de Toscanos, confirmados en posteriores excavaciones<sup>67</sup>. La prueba del radiocarbono corresponde al Morro-1977. Es de ahí de donde surge todo el cuadro cronológico de los yacimientos fenicios de la Península.

A la fecha obtenida por dichos «kotilai» —primer cuarto del siglo VII— conviene también la deducida para la tipología cerámica a partir de los resultados de Toscanos, 1964, en relación con los jarros de boca de seta y la presencia de un jarro de boca trilobulada, forma III, c, en la misma tumba, con un paralelo, también funerario, en Cartago, muy a fines del s. VIII o primeros del VII<sup>68</sup>. El cotejo con Toscanos lo sitúa en los estratos posteriores al IV, b; y efectivamente apareció, además, en la tumba un fragmento de

<sup>66</sup> El Carambolo presenta un horizonte cerámico al que no son extrañas las formas avanzadas y aun tardías, mientras Setefilla tiene sólo material arcaizante que Aubet explica por la existencia de un taller de tal característica en la zona de Cádiz. Si se acepta que ambos yacimientos comunicaban con el mundo de la costa por el río, se nos presenta un problema que por el momento no tiene solución. ¿Por qué esa diferencia de materiales entre dos yacimientos que, al menos en teoría, debían estar vinculados a la misma área? Parece forzoso admitir que los centros de abastecimiento de ambos lugares fueron diferentes, y tan distintos entre sí como se quieren valorar los diferentes ajuares cerámicos, si no se quieren revisar las fechas propuestas.

<sup>67</sup> *Not. Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV, p. 364.

<sup>68</sup> *Arq. Vivante*, p. 79, fig. 49.

plato sin engobe (Laurita, 1963, fig. 32, 6), cuya anchura de borde desconocemos, pero cuya tipología, a la vista de la fig. publicada, encaja en el cuadro propuesto para Toscanos y en general para los yacimientos de la costa mediterránea<sup>69</sup>. Para la tumba 20 disponemos del cotejo de boca de seta con los primeros estratos de Toscanos, que lo situarían inmediatamente por encima del 700. Los intentos de elevar la cronología de esta necrópolis, y en concreto la de las tumbas con urnas de alabastro, hasta un momento alto del s. VIII nos parece errados. Los especialistas que han defendido estas fechas no han tenido en cuenta el estudio de la cerámica de engobe rojo que se está mostrando capaz de fechar con márgenes de un tercio o un cuarto de siglo. En conjunto obtenemos para esta necrópolis un cuadro que oscila entre los últimos años del s. VIII y algún momento en el tercer cuarto del s. VII. Ello ratifica las fechas —si bien bajando algo la de la tumba 12— que su excavador propuso hace casi veinte años.

Para Toscanos el estrato IV, b configura un marco que va desde el 750<sup>70</sup> hasta el 600<sup>71</sup>. Los comienzos de Chorreras han de correr, al menos, junto a los de Toscanos, según los paralelismos establecidos entre ambos yacimientos. El inicio del Morro de la Mezquitilla es, según la tipología cerámica, anterior al de Toscanos; y respaldándolo tenemos la prueba de radiocarbono aludida que ha dado, recientemente, la fecha del 800<sup>72</sup>. Personalmente no ponemos ninguna pega a dicha fecha, a juzgar por lo que nuestros estudios sobre cerámica fenicia nos están indicando. Los materiales más tardíos de Chorreras y El Morro, desgraciadamente no bien estratificados todavía, indican la pervivencia del yacimiento en el último cuarto del s. VII pero no ya en el VI. Las cámaras 1 y 4 de Trayamar se fechan exclusivamente por paralelos cerámicos entre poco antes del 650 y el 600. Es decir, que el enterramiento 1-a de Trayamar se correspondería sin problemas con las últimas tumbas de Lau-

69 Sobre los materiales cerámicos de Laurita hemos redactado un breve trabajo en el que los tratamos en relación con la cronología tan discutida de esta necrópolis.

70 Schubart, «Las excavaciones en Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península ibérica», en P. L. A. V., 11, 1975, p. 203.

71 Trayamar, 1976, p. 237, abajo.

72 «Arteaga, O., Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas»; informe presentado a la mesa redonda sobre «bajo iberismo» organizada en Madrid por la Asociación de Amigos de la Arqueología (en prensa).

rita. Guadalhorce I comienza, también según paralelos con Toscanos, en el primer cuarto del VII y desaparece en la segunda mitad del siglo, sin que se pueda precisar más la fecha. Ya entrado el siglo siguiente reaparecerá la fase II del yacimiento. Para Frigiliana<sup>73</sup> se puede aceptar que comience —los autores no dan fecha— en un momento avanzado de la segunda mitad del s. VII, quizá más concretamente el último cuarto, aunque el plato 4 de la fig. 18 de la publicación presenta un paralelismo con el 568 de Trayamar, procedente del dromos de la cámara 1, demasiado evidente para ser ignorado. Ello situaría a este plato a fines del último cuarto del siglo. De todos modos es un plato conflictivo, porque apareció fuera de tumba y porque las medidas del dibujo no concuerdan con las del texto. En cuanto a la necrópolis de Jardín, no empieza antes del 600. Setefilla, sin embargo, al que su excavadora fecha a principios del VI, podría haber comenzado, en nuestra opinión, a mediados del VII.

Así obtenemos el siguiente cuadro:

1) Los primeros asentamientos de la costa mediterránea se nos presentan más nítidamente cada vez como de fechas altas. Sin duda alguna hay orientales en ellos desde mediados del s. VIII, y, con mucha probabilidad, desde comienzos del siglo o fines del IX, de ser ciertas las recientes fechas del C-14 y que la tipología cerámica no desmiente en modo alguno.

2) Durante la segunda mitad del s. VIII estarían habitados: El Morro-Chorreras, Toscanos (desde el 750 aprox.) y un poblamiento en Almuñécar en el último cuarto del siglo, cuyos moradores se enterraron en Laurita, cuya tumba 20 quizá pueda llevarse a los últimos momentos del siglo.

Este panorama convierte en imperiosa la necesidad de encontrar las necrópolis antiguas del Morro-Chorreras y Toscanos, que son fundamentales para aclarar muchos datos de la evolución de los tipos cerámicos, sobre todo lo referido a las formas VIII, IX y X. Si aparecen dichas necrópolis los boca de seta serán de la forma II, a, y los de boca trilobulada de la forma III, a, en nuestra opinión, pues todo indica, dentro y fuera de la Península, que las

<sup>73</sup> *Op. cit.* en nota 34.

restantes variantes de ambas formas no nacieron hasta el último cuarto o tercio del siglo VIII<sup>74</sup>.

3) Durante el s. VII: Morro-Chorreras, Toscanos, Laurita, Guadalhorce, Trayamar, ¿Frigiliana?, Cerro del Mar<sup>75</sup>, Alarcón, Cerro del Peñón<sup>76</sup>, S. Pedro, La Esperanza, La Joya, Riotinto, Aljaraque, El Carambolo, Córdoba, Cerro Macareno<sup>77</sup>, Los Saladares, Asta Regia, ¿Setefilla?, y muchos otros yacimientos en los que apenas se han hecho, hasta la fecha, reconocimientos o sondeos<sup>78</sup>.

Una de las conclusiones más reveladoras, que se constató por primera vez en Guadalhorce, es la desaparición, poco después del 600, de los yacimientos de la costa mediterránea de un modo demasiado homogéneo, y, lo que es más, bien documentado estratigráficamente en el yacimiento citado, como para ser casual. Y que a continuación, cuando reaparecen los hallazgos:

- en ocasiones se ha abandonado el yacimiento para cambiarlo por uno nuevo;
- las necrópolis aparecen en sitios nuevos;
- la vajilla ha variado: han desaparecido muchas de las formas de los siglos VIII-VII y aparecen otras que nos abocan a la ibe-rización (fenómeno que ha podido también ser comprobado en las cerámicas pintadas).

Todo lo que acabamos de esbozar en estos folios con escasez de argumentación y referencias debido al corto espacio de que disponemos arroja el siguiente cuadro:

a) Podemos hablar sin la timidez con que se ha hecho hasta

<sup>74</sup> Véase a este propósito el artículo de Birmingham, J., *The chronology of some early and middle Iron Age Cypriot sites*, en *A. J. A.*, LXVII, 1963. Ver nota 22.

<sup>75</sup> Tras las campañas de Niemeyer y Gamber (1968 y 1971), Arteaga hizo otras dos: 1976 y 1978. Si las primeras no habían llegado más allá de niveles de fines del siglo V, en la última, aún inédita, se encontró una necrópolis de fines del siglo VII, comienzos del VI, lo que convertirá a este yacimiento, una vez publicado, en imprescindible para el estudio de la transición del contexto fenicio al cartaginés y al romano. Agradecemos a su excavador la información facilitada.

<sup>76</sup> En Toscanos, 1964, debían haber aparecido los cortes que el profesor Pellicer realizó en el Cerro del Peñón y que dieron materiales de las mismas fechas que Toscanos.

<sup>77</sup> Los materiales de la excavación que en este cerro realizaron Pellicer y Bendala no han sido publicados aún; sin embargo, los excavadores nos facilitaron una nota explicativa de la secuencia estratigráfica con las principales formas cerámicas, delicadeza que ciertamente agradecemos en espera de que su pronta publicación nos permita conocer más a fondo dichos materiales.

<sup>78</sup> La lista de los yacimientos en que recientemente se han realizado sondeos es ya notable. Evitamos darla por su escasa utilidad a la espera de que las publicaciones correspondientes vean pronto la luz, al tiempo que nos felicitamos por la intensificación de los estudios sobre la protohistoria andaluza.

ahora de documentos arqueológicos fenicios en España en pleno siglo VIII: con seguridad desde su mitad y, probablemente, desde sus inicios o fines del anterior.

b) El s. VII conoce un auge sorprendente de la colonización fenicia. Parece que debió darse una enorme afluencia de gentes. Pero, sobre todo, fue definitiva la colonización cultural que en el curso de pocos años hizo casi desaparecer los sustratos culturales anteriores. Precisamente debió ser la cerámica que estudiamos el vehículo más representativo del prestigio que «lo fenicio» debió tener en la Península en este siglo, a juzgar por lo que las excavaciones están revelando. A esta «koiné» fenicia en Andalucía debió acompañar un crecimiento económico notable. Los escasos restos conservados así lo indican: las tumbas de cámara de Trayamar, las urnas de alabastro de Laurita, los ajuares de Los Alcores, los de La Joya, las diversas colecciones de orfebrería..., véase en general Blázquez, «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente», Salamanca, 1975. Todo ello hay que ponerlo en relación directa con la explotación de metales y el comercio con Tartessos.

c) El panorama que se deduce encaja, sin fricciones, con el que las fuentes nos habían revelado a excepción de la fecha de fundación de Cádiz en el s. XII, que sigue, todavía en 1979, en entredicho.

d) Poco después del año 600 se produce un corte de excepcional importancia en los yacimientos más directamente vinculados a los fenicios, en lo que a cerámicas se refiere. Este «crack», si se nos permite la expresión, ya fue puesto en relación con los acontecimientos del Levante por los autores de la publicación del Guadalhorce, y forzosamente ha de corresponder a otro corte de igual entidad en lo económico y cultural.

Así, del estudio de la cerámica de engobe rojo con que contamos en España puede deducirse un cuadro que refleja, y aun apoya, lo que sabemos por la historia, de modo que si ésta no nos hubiera guardado recuerdo de algunos de los hechos que atañeron al mundo fenicio y púnico entre los años 800 y 550 a. d. J. podríamos nosotros haberlos deducido a través del estudio de los objetos que aquellos pueblos hicieron suyos.

Madrid, 1979.



*Abreviaturas:*

BISI-1970 = Ana Maria Bisi: *La ceramica punica. Aspetti e Problemi*, Napoli, 1970.

CINTAS-1950 = *Ceramique punique*, París, Klincksieck, 1950.

CUADRADO-1968 = E. Cuadrado: *Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico*, V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera, 1968; Barcelona, 1969.

LAURITA-1963 = Manuel Pellicer Catalán: *Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*, Exc. Arqueol. en Esp., núm. 17, 1963.

TOSCANOS-1964 = H. Schubart, H. G. Niemeyer y M. Pellicer Catalán: *Toscanos, excavaciones de 1964*, Exc. Arqueol. en Esp., núm. 66, 1969.

TRAYAMAR-1976 = H. Schubart y H. G. Niemeyer: *Tramayar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Exc. Arqueol. en Esp., núm. 90, 1976.